

TARAFADAS

SI LOS SUEÑOS SON BURBUJAS, DEJADLAS QUE GONDOLEEN DELICADAMENTE EN EL AIRE.



Que, en timo más o menos audaz, le vacien a uno los bolsillos debe ser siempre algo mortificante.

Que, en bonachona apariencia, lo envuelvan a uno con los azotes de un fraude es algo que amarga.

Que en vez de aceite nos vendan un líquido maloliente y bur-

bujante es cosa que ofende.

Que el que compró penicilina se encuentre el frasco vacío o el moho adulterado es algo que su-bleva.

Pero ¿cómo calificar el desazonante caso del timo de la Lotería, situándonos en el propio cuerpo de los favorecidos con el Gordo fantasma de estas últimas Navidades?

Me imagino que un juez no podrá sentenciar más allá del robo marcado por la cuantía del importe de las falsas participaciones. Y siendo justa la sentencia, desde un punto de vista formal y normativo, entraña palpable injusticia frente al alevoso robo de ilusiones, nacidas al amparo del numerito, que el azar eligiera como primer premio.

¡Chiquito quedaría el cuento de la lechera, al lado de los proyectos de los afortunados del sorteo!

El castillo de ensueño iría creciendo, desde el altavoz de la radio a la primera lista de la prensa, a la comprobación oficial...

¡Cuántas cosas no nacieran en la euforia de la suerte!

Y aquella noche, a duras penas conciliado el sueño, en las mentes se harían tangibles las más doradas quimeras.

Quién, su casa; quién, su coche. Vestidos de seda y raso. Quizás solo — y es lo más — el ahuyentar hambre, comer turronecillos, abrigar el frío, encender la lumbre...

Y de golpe ¡zas! caen los naipes del palacio de cartón, con estrépito de derribo, ante el burdo timo, ante el fraude cruel.

¡Tremenda desilusión! ¡Choque brutal e inesperado!

Veo al amigo oficioso consolar al triste con estas cuatro palabras: — ¡Pero, hombre, no seas exagerado! En resumen, ¿qué cantidad pagaste a tu lotero?

—Pues... ¡diez pesetas!

—¡Una bicoca! A mí una vez, en el tranvía, me apandaron una «estilo», que me costó sus veinte duros. ¿Qué valen, hoy, diez pesetas?

¿Cuanto vale un sueño? se pregunta el escritor.

¿Es que acaso existe moneda con que cotizarlo?

Si los sueños son burbujas, de-

jadlas que gondoleen delicadamente en el aire. Se desvanecerán o vivirán como nacieron; flor de un instante o de una existencia, irisando el ambiente y la almohada.

¡No hundáis el cuchillo en ellas para que estallen!

Broma cruel. Juego insano.

Hollar un sueño es como pisar un corazón dormido, clavar un puñal en la espalda.

Y, en mi pensar, oigo como una a una caen las piedras de cada ensueño, tejido por esas almas burladas. Huelo polvo y ceniza y la sal de alguna lágrima.

En mi indignación, quisiera decir al juez que ha de juzgar tal proceso: ¡Duro con los timadores! ¡Ni pizca de piedad para ellos!

Diez pesetas, en verdad, no son nada. Ni cien ni un millón.

No es el valor el de la cifra, el del metal de una moneda, el de un papel bien planchado.

El valor se lo da o se lo quita la mano, la pureza de intención, el motivo de una causa...

¿Y entre tanto sueño perdido, no habría un anhelo honrado?

Dinero, dinero, no es a tí a quién defiendo. ¡Mal puedes hermanar con el alma!

¿No pretendió la Humanidad con treinta asquerosas monedas de plata pagar su Redención en el Calvario?

L. D'ANDRAITX

Los que aborrecemos la violencia por instinto y por convicción, cualquiera que sea la forma en que, incluso entre las más audaces, la violencia se reviste, sentimos en el alma muy hondo pesar cada vez que presentamos alguno de estos tristes espectáculos reñidos con la muy noble cordura que debe imperar siempre entre quienes se precian de cultos y educados.

Una riña en la calle es y será siempre un acto bochornoso, o dicho en mejor forma, un atentado contra la dignidad ciudadana, que a nuestro juicio nunca debería quedar impune.

Y lo mismo si el suceso ocurre en plena calle como si tiene lugar en nuestros campos de fútbol que, como saben ustedes y según en que latitudes, el hecho ocurre por desgracia con harta frecuencia. El que no sepa derimir sus diferencias de criterio por la vía libre y honrada del diálogo, tiene la obligación de quedarse en casa, de donde no deben salir aquellos intemperantes que con su torpe exaltación van calculando las normas que la sociedad prescribe.

La elegancia en la vida es una virtud y, por tanto, un bello atributo del alma que en modo alguno puede ser pisoteado ni escarnecido.

Seamos, pues, lo suficientemente fuertes para ahogar esos conatos de mal gusto, donde quiera que ocurran y sea quien sea la persona que los produzca.

POL

FICCIÓN realidad

«La muerte de un viajante»

He asistido en Madrid al estreno en España de la obra dramática de Arthur Miller, «Muerte de un viajante de comercio», traducida al español como «La muerte de un viajante» e interpretada por los entusiastas elementos de la compañía Lope de Vega, que dirige José Tamayo.

«La muerte de un viajante» plantea ni más ni menos, que el problema del hombre acabado, del hombre fatigado, que ha de estar en la brecha aun cuando ello no le seduzca, que ha de combatir por su pan de cada día, cuando los días son turbios y nadie a su alrededor le tiende la mano, que lucha con el vacío espantoso de una sociedad que ya no es la de sus primeros años.

Un viajante de comercio que lleva cuarenta años en la casa y cree que por los servicios prestados puede aspirar a una vejez tranquila, sin el agobio de los constantes viajes, sin la soledad ante el volante, ofreciendo su mercancía por tres de los cincuenta estados de la Unión. No es así: poco a poco sus viejos amigos han ido desapareciendo, sustituidos por sus hijos, a quienes el protagonista vio nacer, sí, pero que lo valoran a él por los pedidos que trae. Los comerciantes ya no son los de antes, y nadie le conoce cuando entra en una tienda a ofrecer. Se va haciendo viejo y pierde facultades... no tiene humor... no sabe decir bien los chistes...

Este es el conflicto social del protagonista. Pero tiene otro peor, un conflicto familiar, que es lo que presta estructura dramática intensa a la obra. Willy, el viajante, tiene dos hijos, y ninguno de ellos, sobre no seguir las huellas del padre, tiene resuelta su posición económica, especialmente el hijo mayor, inquieto y soñador, que «se busca a sí mismo». El hijo menor es un mujeriego con el que no hay que contar... La preocupación por sus hijos llega a ser obsesionante para aquel hombre que presiente su fin próximo: obsesionante no tanto por el temor de dejar a su familia sin fuerzas pecuniarias, sino cuanto porque con su desaparición queda un interrogante, el interrogante de la personalidad, ese talismán tan norteamericano. Nadie dirá ante sus dos hijos: «He aquí los retoños de Willy», porque de Willy nadie se acordará, y los hijos no serán tampoco nadie para vindicar su memoria. Mas, cuando el hijo mayor, en una maravillosa escena, declara que no odia a su padre y confiesa valientemente su creencia de que tantas alharacas de personalidad a nada conducen, y que tanto él como su padre no valen nada, porque no producen nada para los hombres, el viejo Willy se entenece, piensa que ese su hijo podría todavía hacer algo en este mundo metalizado a condición de que tuviera veinte mil dólares para empezar. Piensa en su seguro de vida, que alcanza esa suma, piensa también en su antigua manía obsesiva, ya descubierta por su esposa y por ella sufrida en silencio, el suicidio... y camina decidido a su liberación, hacia las negras aguas de los muelles de Brooklyn.

Esta obra mereció el premio Pulitzer y de los críticos de Nueva York. Realmente, el sentido trágico de la misma reside en haber encontrado el eco trascendente de las conversaciones vulgares de un hogar medio o humilde de hoy día en la gran Nueva York. Las triviales conversaciones sobre el trabajo cotidiano, sobre los vecinos, las repeticiones de preguntas, las discusiones sin razón ni objeto, pero violentas, duras, nerviosas... Las interferencias de realidad y recuerdo, de razón y fantasía del viejo Willy, son un acierto de técnica teatral, no nuevo, pero muy discretamente usada.

La obra alcanzó un pleno éxito. El teatro se hundía, prueba de que el público aprecia lo bueno. Junto a ese excepcional intérprete que fué Carlos Lemos, brillaron especialmente Josefina Díaz, Francisco Rabal y Angel de la Fuente.

J. Vallverdú A.

CARTAS AL DIRECTOR

Comentando unas cartas

Sr. Director de ANCORA.

En el número correspondiente al día 10 del mes en curso del semanal bajo su acertada dirección, cumplió Vd. lo que nos había prometido: «la publicación de las cartas al Director» atrasadas por el exceso de artículos «entre los años». Gracias en mi nombre y en el de los que se interesan por los asuntos de nuestro pueblo y de nuestras calles. Todas las cartas las encuentro bien de contenido y de observación, quizás algo mordaces personalizando.

Naturalmente sabemos nosotros, los que nos consideramos de la Mayoría absoluta, que estas Cartas al Director son dirigidas a Vd. para que las publique y para que sirvan de orientación a los que deben oír y no oír, y que vean lo que no ven y no para encargarse a Vd. el remiendo de estas cosas tan absurdas. Como yo ya estoy cansado de dar avisos me he abstenido desde tiempo. Pero pasa con el Cine, lo que se critica ahora públicamente, por eso no voy; pasa que alguien ha encontrado mejor de quitar de en medio el disco de «DIRECCION PROHIBIDA» frente a mi casa, porque así nadie incurre en falta. ¿Y por qué tener un aviso en la calle que no sirve para na-

(Sigue a la pág 2)